

Il faut préciser qu'il a été traduit en espagnol mais que l'oubli volontaire des illustrations et la différence de présentation lui font défaut.

Voilà donc un livre qui met non seulement l'appétit mais aussi tous nos sens en éveil!

Vanessa Giorgio
Université de Savoie

BROWN, Peter

La formazione dell'Europa cristiana. Universalismo e diversità
Roma: Editori Laterza. Collana «Fare l'Europa», 1995. 392 p.

Este magistral trabajo de P. Brown pertenece a la colección italiana «Fare l'Europa», la cual se incluye dentro de un proyecto en el que participan varios editores de países diferentes, que van a llevar a cabo un estudio erudito sobre la formación y construcción de Europa. Brown, en este magnífico estudio, trata la formación del cristianismo en el ámbito europeo y en aquellos territorios que constituirán la frontera de Europa: Irlanda, la Galia y Britania; el autor trata también la difusión del cristianismo en el continente asiático y en Islandia. Brown ofrece en este libro una visión renovadora de los períodos de la antigüedad tardía y de la alta edad media, estableciendo como hilo conductor la formación del cristianismo en un marco geográfico amplísimo.

Peter Brown ha escrito otros libros donde estudia los cambios sociales, culturales y religiosos que se producen en el primer período mencionado, tratando de manera especial la función que tuvo el cristianismo en estos cambios, así pues, *The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Muhammad* (traducción en castellano, Madrid, Taurus, 1989) y *The making of Late Antiquity* (Cambridge and London, Harvard University Press, 1978) son algunos títulos del autor, en los cuales se estudian todos estos aspectos. En esta misma línea de estudios hemos de situar la obra que aquí presentamos, la cual comprende un ámbito cronológico que va del siglo II dC al siglo XI dC.

La primera parte del libro (p. 5-114) ya nos sitúa en el tema de estudio; la existencia y difusión del cristianismo sobre los espacios que constituían el antiguo mundo del Mediterráneo y del Asia occidental, y la diferenciación entre el cristianismo de la Europa occidental respecto a las otras variantes de cristianismo contemporáneas que se desarrollaron en otros espacios geográficos.

Peter Brown estudia primeramente el ámbito del Imperio romano de los siglos I y II dC, un imperio que une el Mediterráneo en un único y sólido sistema imperial. Un imperio estable, centralizado y que ha adquirido su máxima extensión. Esta visión es importante para entender como el mundo de la antigüedad tardía llegará a ser tan diferente del mundo clásico.

Después vendrán las «invasiones bárbaras» que harán surgir regiones en las cuales romanos y no-romanos estarán habituados a encontrarse como iguales para formar un «fondo medio» social y cultural. Para Peter Brown, a partir del año 500 dC, la difusión del cristianismo a lo largo de lo que había sido la frontera romana de la Europa occidental, se verificó sobre este «fondo medio» constituido por la convergencia de regiones «romanas» y regiones «bárbaras».

En el año 800 dC la afirmación de la potencia franca bajo Carlomagno supone que, un tipo particular de cristianismo católico sea la fe común obligatoria de todas las regiones que confluyeron en la

formación de una Europa occidental post-romana.

Después de situar las ideas generales que constituyen este libro, Brown habla de las reformas del emperador Diocleciano, que como es sabido, solidificaron el imperio ante una crisis cada vez más acusada a partir del siglo III dC. También los reyes sasánidas, después del 224, transformaron el débil reino parto en un sólido imperio. La religión en tiempo de Diocleciano era aún de tipo tradicional, la propia del panteón grecorromano, pagana y politeísta. La gran persecución de este emperador, a partir del 303, señala el advenimiento de la edad del nuevo imperio y de la Iglesia cristiana. Después del 250 se creará una situación completamente nueva a aquélla de la Iglesia en confrontación con el Estado. La Iglesia que Constantino llevará a la paz en el 312 se caracterizaba por ser un cuerpo complejo, con una estructura jerárquica de personajes eminentes (los obispos) y con un código propio universal de leyes (las Escrituras cristianas).

Brown habla de la función de la limosna y de la importancia que ésta tuvo en la elaboración de un nuevo sistema de la explicación religiosa. El autor explica también la revolución que supuso el mensaje cristiano frente a la religión tradicional del Estado. Constantino legalizará el cristianismo y Teodosio lo oficializará. Por otro lado, la descomposición del imperio romano occidental y el advenimiento de los diferentes reinos «bárbaros» hará que el mundo provincial que siempre había caracterizado al imperio haya de convivir ahora con los nuevos reyes germánicos en un mundo que ya no tendrá que ser entendido como un imperio unido.

Si bien en todo el entorno del Mediterráneo la Iglesia cristiana emergía el 500 dC como la única religión pública del mundo romano, todavía permanecerán muchas huellas de los cultos ligados a las fuerzas de la naturaleza; formas de

religiosidad paganas, «supervivencias paganas» dentro del cristianismo.

Al sur de Ctesifonte se fundará la primera nueva religión surgida a la luz del tronco del cristianismo: la religión de Mani (246-277 dC) quiere llevar a cabo un sincretismo en el que se integren elementos del cristianismo, el budismo y el mazdeísmo.

Dentro del cristianismo de los primeros siglos surgieron controversias teológicas y doctrinales; un claro ejemplo es el de las contrapuestas posiciones de Agustín y de Pelagio; Peter Brown trata con detenimiento una de las más grandes controversias religiosas de la época: la naturaleza de Cristo; los concilios de Éfeso (año 431) y de Calcedonia (año 451), los cuales afectaron sobre todo a la parte oriental del Imperio.

El autor pasa a analizar, después, a raíz de la disolución de la frontera militar del imperio romano en Europa occidental en el curso del siglo V dC, aquellas características que diferencian al cristianismo de la «zona de frontera» del cristianismo forjado dentro de los límites del Imperio romano. Cuando cambie la naturaleza de la misma frontera emergerá un cristianismo común, configurado para abrazar conjuntamente romanos y bárbaros. En Britania, una vez eliminada la barrera del control romano, la zona noroccidental y la costa oriental de Irlanda, hasta ahora no tocada por la influencia romana, se unirán para formar un único «Mediterráneo céltico» del Norte. Patricio, el Santo patrón de Irlanda, fue quien consolidó las comunidades cristianas de Irlanda. En la Galia, Clodoveo transformó la naturaleza del rey franco. Aseguró una realeza exclusiva para la propia familia merovingia, la cual fue acompañada de un cambio de religión o por la elaboración de un nuevo culto. Clodoveo se convirtió directamente al cristianismo en una actuación político-religiosa anti-arriano-visigótica.

Pero el reino franco no fue sólo el Estado cristiano que emergió a lo largo

de los márgenes del mundo romano en este período. En el norte de África los bereberes absorbieron las ciudades romanas de la zona y se hicieron reyes de los pueblos árabe y cristiano (población urbana de lengua latina), simbiosis que acabó sólo con la llegada del islam. Será a través de la influencia latina sobre árabes y bereberes que el cristianismo penetró hasta el oasis interno del Sahara.

Sobre el extremo meridional del mar Rojo, el reino de Axum será un importante precursor del reino cristiano de Etiopía.

La segunda parte del libro (páginas 115-285), trata la concepción del ejercicio cristiano del poder de san Gregorio (la *Regula Pastoralis*) y el cristianismo en Asia. Las comunidades cristianas, en el Próximo Oriente, vivían bajo la sombra de dos imperios mundiales: uno, el de Constantinopla; el otro, el Persa sasánida. El gobierno imperial de la Roma de Oriente que dirigió Justiniano no se reveló suficientemente fuerte para imponer una unidad político-religiosa. Es decir, un imperio notablemente unido no tenía, sin embargo, una Iglesia unida. Una de las mayores oposiciones religiosas a la ortodoxia o posición oficial en el seno del imperio fue protagonizada por los monofisitas (condenados en el Concilio de Calcedonia el 451). Los monofisitas llegaron a crear su propia Iglesia dentro del imperio, de la mano de Giacomo Baradeo, entre los años 542 y 578. La Iglesia monofisita se reforzó sobretudo durante las generaciones posteriores a Justiniano. En el curso del siglo VI misioneros monofisitas crearon una «*commonwealth*» de reinos cristianos a lo largo de la periferia del Imperio.

Santa Sofía se convirtió en símbolo de la posición de Constantinopla como centro del mundo ortodoxo y símbolo del imperio. Justiniano prohibió a los profesores paganos de filosofía de la Academia de Atenas impartir clases. Todo conocimiento tenía que ser conocimiento cristiano.

Del 540 al 628 la guerra contra Persia dominó la política del Imperio romano de Oriente. Peter Brown presta especial importancia a la peste bubónica que se extiende desde Oriente Medio hacia el oeste (hacia Constantinopla), la cual dañará profundamente la economía y la estabilidad de los imperios de la zona. Cuando la peste acabe, después de la mitad del siglo VIII, dos Estados, el califato de Bagdad recientemente fundado y el resurgido Estado bizantino, estarán en grado de emerger en sus formas estables medievales clásicas.

Para el ámbito asiático, hay que decir que pequeñas comunidades cristianas también se adaptarán a diferentes lugares a lo largo del camino (de Antioquía a la China) que recorría la Ruta de la Seda. En Persia las comunidades cristianas del Imperio persa se alinearon con las doctrinas de Nestorio (condenadas primero en Éfeso y más tarde en Calcedonia). Es lo que los historiadores han denominado Iglesia nestoriana, la cual tuvo una notable difusión sobretudo a raíz de la implantación del Imperio islámico. Por otro lado, el advenimiento del islam hizo que, por primera vez en la historia, las poblaciones comprendidas entre Marruecos, Andalucía y Asia Central se encontraran bajo un único sistema político. Los «pueblos del libro», hebreos y cristianos, pudieron continuar con sus prácticas religiosas bajo el Estado islámico, mientras sostuvieran a los ejércitos musulmanes mediante el pago de tasas —*jizya*—.

En esta segunda parte también se trata el cristianismo de la zona del norte de Europa: se puede decir que Irlanda pudo ser declarada, en el 700 dC, «país cristiano». En contraste con la Irlanda del siglo VII, en los reinos sajones establecidos en Britania el cristianismo llegó del exterior. Entre el 597 y el 700 dC, una ambiciosa clase de nuevos reyes hicieron suya la religión cristiana de sus vecinos continentales e irlandeses. Hay que des-

tacar la figura de Beda el Venerable, monje del monasterio de Jarrow, que escribió la *Historia eclesiástica de la nación inglesa*.

Peter Brown también habla de lo que él denomina *microcristiandad*. En el siglo VII, al declinar las rutas comerciales del Mediterráneo y endurecerse los confines políticos y confesionales en el Oriente Medio, las Iglesias cristianas se regionalizaron profundamente. Cada región cristiana se volvió a cerrar sobre sí misma, participando, no obstante, de la esencia de la entera cultura cristiana.

Brown define diferentes microcristiandades: una sería la visigótica (a raíz de la alianza entre los visigodos y los obispos católicos y de la conversión al catolicismo en 589). Otra microcristiandad surgiría de la necesidad de los reyes sajones por definir la forma correcta de cristianismo a instalar en su país. La fijación de una micro-cristiandad del Norte se atribuye al arzobispo de York, Wilfrid.

Con el surgimiento de la nueva dinastía carolingia en Francia y la creación de un reino de dimensiones verdaderamente «imperiales», las diferentes microcristiandades formarán ahora por primera vez una única cristiandad de relieve en Europa.

La tercera parte del libro (páginas 286-392) trata la controversia iconoclasta bizantina (siglos VIII-IX) y el fin del mundo antiguo (años 750-1000 dC). Efectivamente, en la mitad del siglo VIII, dos sistemas políticos han perdido ya el contacto con sus raíces en el mundo antiguo: por un lado, la formación del imperio islámico y el desarrollo de su rostro definitivo con la fundación de Bagdad el año 762. En Europa norte-occidental

el Estado franco con la nueva dinastía carolingia y la alianza de este nuevo poder «imperial» carolingio con la Iglesia (coronación de Carlomagno el día de Navidad del año 800 por el papa León III). Por otro lado, la formación del Estado bizantino.

Más allá de los límites del reino franco, de Dorestad y de Frisia, se extendían pueblos que no eran cristianos, y que permanecían fieles a sus dioses. Hacia el año 1000 dC el cristianismo llegó a dominar también una amplia zona del Norte-Atlántico (Islandia, Vinland...). A pesar de los daños que ocasionaron las incursiones vikingas (a finales del s. IX) a Irlanda, Britania, y a la unidad carolingia, Escandinavia fue inmediatamente invadida por riqueza cristiana y por ideas cristianas. En Islandia, la Asamblea del año 1000 declaró a Cristo como nuevo Dios de los islandeses.

Para acabar, sólo decir que es ésta una obra fundamental para aquellos estudiosos que quieran profundizar en el conocimiento de la antigüedad tardía y de la alta edad media; Peter Brown no sólo trata de forma innovadora y sugerente el desarrollo del cristianismo a lo largo de mil años; analiza los diferentes cambios sociales, políticos y culturales relacionándolos siempre con el fenómeno religioso.

Sin duda, una obra en la que el lector quedará cautivado por la embelesadora expresión literaria, así como por una gran muestra de erudición histórica, ambos aspectos siempre tan propios de las obras de Peter Brown.

Sergi Llonch Castrillo